

CUADERNOS

historia 16

Sevilla y el comercio de Indias

Manuel Ballesteros



152

Entrega n.º 152 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a Sevilla y el comercio con América.

Las carabelas de Colon rumbo al Nuevo Mundo.

Indice

SEVILLA Y EL COMERCIO DE INDIAS

Por Manuel Ballesteros Gaibrois

Catedrático de Historia de América.

Universidad Complutense de Madrid

Geopolítica de un gran río y elogio de Sevilla

El mar, el comercio, las exploraciones

Nuevas necesidades, nuevas exploraciones, nuevas tierras

Las navegaciones castellanas

La Casa de Contratación

Funcionamiento de la Casa de Contratación

Altos cargos y engranaje administrativo

La Casa de Contratación y la ciencia náutica

El comercio de Indias

Contenido del comercio indiano

Los obstáculos del comercio

Las Indias y Sevilla

Bibliografía

Textos

Sevilla y el comercio de Indias

Manuel Ballesteros Gaibrois

Catedrático de Historia de América.
Universidad Complutense de Madrid

SEVILLA fue nombrada, durante varios siglos, *Cabecera de las Indias*. ¿Por qué esta denominación que nunca figuró como título de la ciudad en los papeles oficiales? Porque respondía a una realidad. Por Sevilla corría un río humano y económico, que vaciaba a Castilla de hombres, camino de América –las Indias– y llenaba, en una pleamar de sentido inverso, de oro y riquezas a Europa, al tiempo que hacía llegar hasta las viejas ciudades medievales de Castilla, de Aragón, de Provenza, del Rhin y del Danubio, los sabores de desconocidas especias o el alimento de tubérculos altamente nutritivos, como la *papa* o patata, y granos dorados, molturables, del indiano maíz. Por eso, y por lo que vamos a conocer en estas páginas, Sevilla fue denominada *Cabecera* de los inmensos territorios, que desde 1492 en adelante se habían ido descubriendo y posteriormente conquistando e incorporando a la Corona española.

Injusto y, antihistórico sería afirmar, o pensar, que solo por razón de las Indias Sevilla iba a ser una espléndida ciudad, rica, multicolor y cosmopolita, en la que se mezclaban aventureros, truhanes, serios comerciantes italianos y flamencos y un enjambre de covachuelistas, administrati-

vos, clérigos, pícaros intrigantes y misioneros de las principales órdenes, en espera de embarco para su cometido evangelizador. Sí, todo esto fue la Sevilla de los siglos XVI y XVII, pero era ya entonces ciudad importante, rica y bella y habitada por gentes variadas y de extrañas procedencias, pudiendo decirse lo contrario, que fue por su rancia tradición de grandeza que se situó en ella la Cabecera indiana.

Geopolítica de un gran río y elogio de Sevilla

Las poblaciones en general, en todo momento de la Historia, incluso en el presente, buscan las corrientes fluviales, porque éstas garantizan, en primer lugar, el abastecimiento de agua y en segundo porque en sus márgenes suele crecer la vegetación, el arbolado y hay posibilidades de caza. Así fue en un comienzo, cuando al que luego los árabes llamarían el río de Kebir –Guad-al-Kebir– era una arteria pletórica, de un poderoso caudal en su corriente. Por eso ya los hombres del neolítico establecieron en sus márgenes los poblados de los primeros plantadores. Aunque se afirma que la navegación fue una conquista posterior de la Humanidad, esta idea se refiere más a los mares que a los ríos, que desde mucho antes servían de vías de comunicación por medio de balsas o almadías. Quizá lo difícil era remontar la corriente. Así surgió, entre varios brazos del Gran Río, la primitiva población de la futura Sevilla.

Con el paso del tiempo, en los siglos anteriores a la era cristiana, llegaron a la desembocadura del río pueblos industrioses, que se establecieron en las márgenes del curso medio e inferior de él, llegando a poseer una organización social, bajo rregulos o monarcas, y una riqueza minera que atraía a los pueblos del Mediterráneo y que dio vida a núcleos urbanos más amplios, como Carmona y Sevilla. Este pueblo, el del reino enigmático de Tartessos, atrajo la atención de los cartagineses y produjo su ruina. Pero las riquezas han atraído siempre a los pueblos colonialistas, y en el siglo III a.C. Roma busca fuera de la península itálica tierras explotables, para hacerlas suyas, aunque estuvieran ocupadas por sus habitantes autóctonos o por otro pueblo imperialista. Este pueblo imperialista, en el caso del Gran Río, era el cartaginés, al que los romanos derrotan

(204 a.C.) en la batalla de Ilipa (Alcalá del Río), expulsándolo. En 203 –nótese, al año siguiente– los romanos fundaban, a la orilla de uno de los brazos del Gran Río, simbólicamente, la villa de *Itálica*, sobre cuyas ruinas se edificó la actual Santiponce, quedando a no mucha distancia *Hispalis*, la futura Sevilla. Seco el brazo del Guadalquivir, Itálica queda algo relegada, e *Hispalis* será capital indudable de la *Baetica*, provincia romana, recibiendo de César el nombre de *Iulia Rómula*. La navegabilidad del río, hasta más allá de Córdoba, hacía de la futura Sevilla una vía importante de penetración, y de salida de los productos del interior.



La Torre del Oro y la Giralda, al fondo a la derecha (postal).

Ya en tiempos visigodos Sevilla –que aún no se llama así– es cabeza de sublevación, promovida por el príncipe Hermenegildo, converso al cristianismo, hijo de Leovigil-

do, que lo vence. Pero no estaba lejos el momento del bautismo definitivo –en cuanto al nombre– de la vieja ciudad. Llegados los mahometanos en 711, ya en 712 se la denomina *Isbiliyya*, y permanecerá en manos musulmanas hasta 1248, en que la conquista Fernando III *el Santo*. Ha sido califal, segunda ciudad del *Al-Andalus*, almohade y taifa, acumulando construcciones, edificios religiosos y administrativos de cinco siglos de dominación árabe. Precisamente la conquista del santo rey Fernando pone de manifiesto la accesibilidad que por el río tiene la que ya se llama Sevilla, pues por él sube, aguas arriba, la flotilla del almirante Ramón Bonifaz, cortando la comunicación entre la capital y el barrio de Triana. La gran ciudad musulmana, donde compusiera delicadas poesías el tirano Mutamid, se hacía cristiana. El antiguo Alcázar moro era completado por Alfonso X, que en él moría, y donde al fin de sus días repararía el texto de las *Siete Partidas*, sin saber que, pasados los años, serviría de pauta para otros siete libros de las Leyes de Indias.

Sevilla cristiana sigue siendo un emporio, se multiplican sus parroquias y cofradías, y aunque no tiene universidad –que ya llegaría con el Descubrimiento de las Indias a tener una– tiene sabios físicos, o médicos, como el autor de la *Sevillana Medicina*, tan llena de noticias. Las Atarazanas, que construyó Alfonso X, son una promesa de navegaciones, lo que explica en cierto modo que se centrara en Sevilla la organización de las flotas a ultramar,

El Guadalquivir, con Sevilla, después de Córdoba, a la que ya no se podía llegar por su corriente, como centro importante, era el tercer río que Castilla aprovechaba para su salida al mar. Desde la vieja Edad Media la aspiración de los estadillos mesetarios –León, Castilla– fue la salida al Atlántico. Primero el Miño dio cauce para la llegada al océano de las gentes galaicas del interior; después fue el Duero, que permitió a Fernando I llegar hasta Lamego; posteriormente debería haber sido el Tajo, pero el creci-

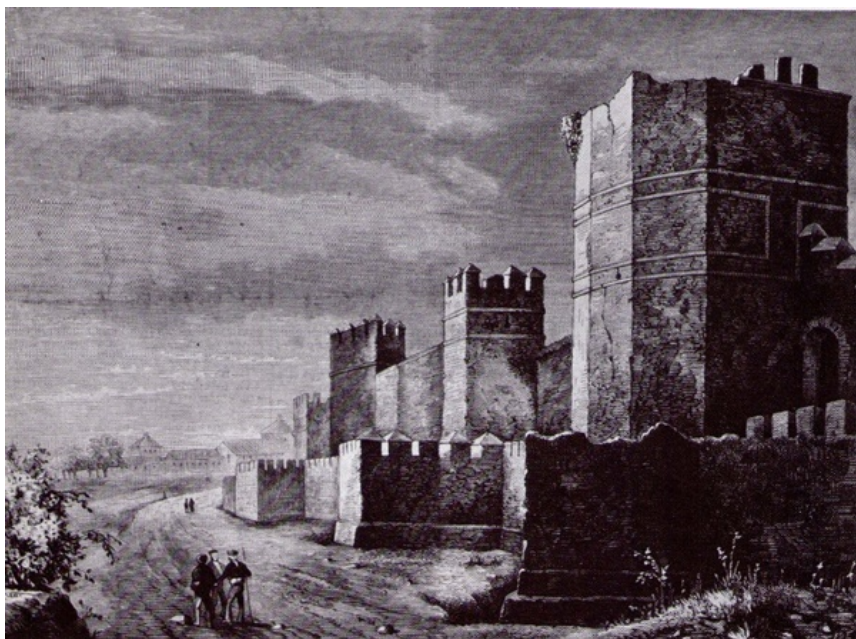
miento del condado de Portugal convertido en reino, frenó esta derivación geopolítica, que continuó por las Extremaduras en busca de una boca hacia los anchos mares. La más importante vía fluvial, como venimos viendo, fue la del Gran Río, pero no menor la del Guadiana, el Tinto y Odiel. Huelva y sus poblaciones cercanas se convirtieron, con el paso de los siglos XIV y XV, en centros de navegaciones atrevidas.

El binomio Sevilla-Huelva constituye la base de las exploraciones castellanas por el Atlántico Medio, contando siempre –como sucede en el mismo Descubrimiento de 1492– con la experiencia y colaboración de cántabros y galaicos. Antes de que los portugueses iniciaran sus arriesgados periplos, costeando el continente africano –lo que sucede en 1414, tras la conquista de Ceuta, como cabeza de puente en África–, ya los castellanos ponían pie en las *Islas de Canarias*, o de los canes, con una expedición mixta, que parte de Andalucía, a las órdenes de Jean de Bethencourt, Sieur de la Teinturière, patrocinada por Enrique III de Castilla.

No era pues una casualidad, sino un imperativo geopolítico de la función del Guadalquivir, lo que haría que, descubiertas las Indias, se instalara en su más importante ciudad ribereña –Sevilla– el peso de todo: la administración, ordenación, inspección, regulación y estudio de las navegaciones indianas, y las misiones relativas al comercio con ellas.

Si a esto añadimos que todos en Castilla consideraban a Sevilla como la más rica ciudad, donde bullían los comerciantes italianos –genoveses, venecianos, toscanos, etc.–, tudescos o alemanes, de las casas banqueras de los Fugger –Fúcares para los españoles– y los Welzer, y flamencos, pues aunque éstos habían comerciado especialmente con los puertos cántabros, se habían sentido también atraídos por el brillo del emporio náutico sevillano. Desde 1503 las razones serían de más peso, ya que a lo

que podríamos llamar *peso específico* de Sevilla, se añadía la significación oficial que, como vamos a ver, tenía una institución que organizaba y tramitaba todo lo referente al tráfico indiano. El Guadalquivir, como escribió Carlos Pereyra, se convierte en el más americano de los ríos.



Murallas de Sevilla (dibujo de La Ilustración Española y Americana).

Sevilla, que ya era importante, comercial y urbanamente hablando, poseía cerca de 50.000 habitantes, y sobre la pista de lanzamiento de los descubrimientos y navegaciones, se convertirá en un emporio comparable a Lisboa. Todos ponderan su belleza, las riquezas que permiten nuevas edificaciones, el bullicio y –¡cómo no!– la picaresca que se desarrolla en todas las grandes ciudades. Morales Padrón, catedrático de la Universidad hispalense (*Sevilla, Canarias y América*, Las Palmas de Gran Canaria, 1970) recoge textos contemporáneos que testimonian la grandeza

sevillana en los siglos XVI y XVII, debida por igual al comercio de las Indias y a ser puerto fluvial del Gran Río, a resguardo de enemigos. Repasemos algunos ejemplos de la loa a Sevilla y su esplendor.

Había nacido en Sevilla un año antes del Descubrimiento el escritor Pedro de Medina, por lo que puede decirse que desde su infancia fue testigo y compañero de juegos del crecimiento de la ciudad del Guadalquivir. En su *Libro de la Grandeza de España* –la España que el veía a través de la grandeza sevillana– escribe sobre su ciudad:

En esta ciudad es el trato principal de las Indias de su Majestad. Aquí es la Casa de la Contratación, donde ocurren todos los negocios de Indias; y se despachan por tres jueces oficiales de esta casa; los cuales reciben en ella el oro, la plata, perlas, aljófár y otras riquezas que de las dichas Indias vienen. Aquí han venido y vienen muchas naos cargadas de oro y plata; en que ha venido nao con pastas de oro redondas de a cuatro palmos de longura, y con más de cien vasijas de oro entre tinajas y acetres, y con trece ídolos de oro. Había tinaja de oro que cabía ocho cántaros de agua y ídolo que tenía más de tres palmos de largo. Numeróse el valor de lo que esta nao trujo en más de cuatrocientos cuentos. Ha venido nao que trujo diez y seis carretadas de oro, que se numeró su valor en más de tres cuentos, y nao que trujo quinientas arrobas de plata: y otras muchas naos que han venido y contino vienen con grandes tesoros de aljófár y perlas y otras riquezas, que se han traído y traen, no se pueden numerar.

Si recordamos que *cuentos* en el lenguaje del siglo XVI significaba millones, comprenderemos que el brillo del oro no impedía compatibilizarlo con una contabilidad. Más adelante veremos los cálculos hechos sobre lo que supuso el ingreso de estos tesoros durante varios siglos. Medina sin duda se estaba refiriendo al mayor tesoro que públicamente pasó por Sevilla: el del botín de Cajamarca, que Hernando Pizarro, en nombre de su hermano, el go-

bernador de la Nueva Castilla, don Francisco, enviaba como regalo de los conquistadores, aparte del quinto real, a su soberano, el rey-emperador don Carlos.

Ya antes de esto, Juan de Mal-Lara decía que a Sevilla llegaban cinco ríos: *uno de agua, otro de aceite, otro de vino, otro de leche y otro de miel*, refiriéndose a lo que entraba en la urbe procedente de las tierras del interior. La frase hizo fortuna y otro escritor, Alonso de Morgado, en su *Historia de Sevilla*, amplía el número de *afluentes* que engrosaban el caudal del Gran Río en tres más: *azúcar, oro y plata*. Por cierto que el azúcar es uno de los ejemplos más característicos del juego de lanzadera o de vaivén, de entrecruzamiento de elementos de culturas –en este caso agricultura e industria de transformación– de Europa y las Indias. El azúcar, que ya los castellanos habían llevado a las islas Canarias, pasa rápidamente a América, se aclimata y crece en producción de tal modo, que es uno de los artículos de importación más voluminosos que el comercio traía a Europa desde el nuevo mundo, por intermedio de Sevilla.

Otro religioso, sevillano como Medina, Tomás de Mercado, extraordinariamente curioso, que no sólo conoció Sevilla como nativo de ella, sino también las Indias, escribió un libro cuyo título, aunque corresponde al contenido, no es demasiado elocuente sobre lo que el lector va a encontrar en él. Ya que era *Suma de Tratos y Contratos*. Este título sugiere más un pesado estudio de tipo jurídico y contable. Pero no, leamos algunos de sus jugosos párrafos, que nos muestran las circunstancias que ya tenía Sevilla y las que le proporcionarían las Indias:

En Sevilla cuasi todos se inclinan a cultivar la tierra, que es gruesa y fértil para cualesquier mieses, o a tratar en todo género de mercería y ropa menuda y gruesa, hallando en ella gran comodidad y aparejo, lo uno como es puerto de mar Océano por el río Guadalquivir...: por donde se entra y sale a tantos reinos cercanos y remotísimos es la

puerta y puerto principal de toda España, a do se descarga lo que viene de Flandes, Francia, Inglaterra, Italia y Venecia; y por el consiguiente de do se provee todo el reino destas cosas que de fueran se traen. A esta causa siempre hubo en ella grandes, ricos y gruesos mercaderes y fue tenida por lugar de negociantes. Pero de sesenta años a esta parte, que se descubrieron las Indias Occidentales se rescreció para ello una gran comodidad y una ocasión tan oportuna, para adquirir grandes riquezas: que combidó y atrajo a algunos de los principales a ser mercaderes viendo en ello pujantísima ganancia.

Hablando del comercio hace algunas reflexiones de índole social, como que los caballeros, que ven enriquecerse a los comerciantes –*tratantes* los llama– se avienen a matrimonios con las familias de éstos, que a su vez se ven convertidos en hidalgos. Y reflexiona que Sevilla –y Andalucía, con ella– era antes del Descubrimiento el fin del mundo conocido, pero que *descubiertas las Indias, es ya como medio (del mundo), por lo cual todo lo mejor y más atinado que hay en las otras partes antiguas, aún en Turquía, viene a ella: para que por aquí se lleven a las nuevas donde tiene todo tan excesivo precio.* Tiene razón el autor y conviene que lo comentemos. En las Indias los productos y manufacturas de la Metrópoli, no sólo por los costos del viaje y ganancia de comerciantes y de intermediarios, sino por la eterna ley de la oferta y la demanda, tenían altísimos precios. Esta es una de las motivaciones del comercio, lo que explica también la celeridad con que en Indias los colonizadores se apresuraron a instalar en ellas fundiciones, telares y todo género de industrias de transformación, para evitarse estos elevadísimos costes.

Mercado añade aún más, considerando a Sevilla *como el centro de todos los mercados del mundo*, y para probarlo en pocas palabras hace una brillante imagen del movimiento portuario sevillano, diciendo que *Los mercaderes despachan naos y urcas con grandísima barbaridad.* Y a